

**Pregón de Semana Santa 2010.
Hermandad de Jesús Nazareno “El Pobre”**

27/03/2010 - Dña. Esperanza Angulo Zambruno

Introducción

¡Si supiéseis mis hermanos cuántas vueltas ha dado el destino que el Señor me asignó para llegar hasta aquí! ¡Si pudiéramos retroceder el tiempo tan sólo veinticinco años! El tiempo justo que llevo en esta maravillosa ciudad.

¡Si pudiera sopesar cuánto dejé en Sevilla, y a su vez cuánto gané en Madrid!

¡Si yo pudiera deciros cuánto amo a Sevilla y a la vez qué locura embriaga mi corazón con tan solo pronunciar la palabra Madrid!

Me enorgullece ser macarena y gitana, pero también venerar al Señor más pobre de todos los que se pasean en la Semana Santa de Madrid.

No quiero, ni deseo omitir, cuáles han sido mis orígenes cofrades, porque sin ellos, seguramente hoy, no me encontraría aquí. Es por tanto, Sevilla quien despertó en mí, el espíritu cofrade que hoy mantengo dentro de mí ser como el primer día. Ese espíritu que todavía hace que mi corazón lata muy deprisa, cuando veo a través de mis hermanos sevillanos que la Virgen más hermosa que nunca nadie tallara lleva la Esperanza a todos los hombres o que el Señor de gitanos y payos irradia la Salvación para todos nosotros.

Pero en este tiempo que ha pasado, tengo que confesaros que el Señor en su Salud o en su Pobreza ha guiado mi destino para poder realizar todas estas cosas y hoy me da la oportunidad de estar aquí ante vosotros, para hablar de Jesús Nazareno el Pobre y de su Madre en la dulzura de su nombre.

Sevilla me inculcó su amor por las hermandades y cofradías y Madrid me ayudó a conocerlas por dentro.

Como dije anteriormente, hace veinticinco años mi vida cambió y tuve que dejar a mi familia, a mis amigos y a mi ciudad, para emprender un nuevo camino.

**Recuerdo mi última primavera,
tu tristeza y tu alegría,
mi alma tranquila y serena,
mi voz callada y vacía.**

**Recuerdo cómo te alejabas
en mi mundo de fantasía.
Alguien señalaba la vereda
que me separaba de ti aquel día.**

**Recuerdo que eras toda mi vida,
que te adoraba, que te quería,
que mi alma lloraba de pena,
porque a una tierra nueva venía.**

**Y por quererte tanto, Sevilla,
mi Señor premió mi vida
en Madrid,
tierra castiza y sencilla,
de claveles y azucenas,
de rosas y margaritas.**

**Y en Madrid bajo su cielo,
mi Señor de la Salud,
me enseñó todo lo bueno,
la pureza de sus cosas,
de sus gentes, el desvelo,
sus historias más hermosas
y la brisa de sus vientos.**

**Y entonces comprendí,
sin prisa y con más calma,
que a una nueva tierra,
había entregado mi alma.**

**Y llevo en la sangre tu casta,
soy cofrade y sevillana,
madrileña de la cava,
Dulce Nombre madre mía,
macarena y gitana.**

**Por eso, estoy aquí
para deciros, hermanos,
que aquel lejano mes de Abril
mi Señor de los Gitanos
me dijo: ven conmigo, di que sí,
te espero en el paraíso
nos veremos en Madrid.**

Y aquí estoy mis hermanos, en el paraíso y ante vosotros, para hablaros de mis experiencias cofrades y religiosas. Y de como se puede llegar a una hermandad sin apenas darte cuenta. Como Jesús Nazareno “El Pobre” traza el camino para que tú le digas: Aquí estoy Señor, haz de mí lo que tu quieras.

Salutación

- R.P Don Eduardo Herreros Díaz, párroco de Nuestra Señora del Buen Consejo y director espiritual de la hermandad de Jesús Nazareno “el Pobre”.
- R.P D. Francisco Andrés Martínez Domínguez asistente eclesiástico para hermandades y cofradías de la muy noble ciudad de Madrid.
- Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Ilustre, Primitiva y Fervorosa Hermandad de Jesús Nazareno “el Pobre” y María Santísima del Dulce Nombre en su Soledad.
- Hermanos Mayores y representantes de las hermandades y cofradías de la archidiócesis de Madrid.
- Queridos hermanos.
- Cofrades todos.

Agradecimientos

Gracias, Luis Miguel, por tus hermosas palabras que no merezco por supuesto.

Evidentemente, cuando se me propuso dar este pregón, no dudé ni un momento y ¿saben el motivo? Cuando mi marido fue hermano mayor de la hermandad de los gitanos y nos invitasteis a presenciar vuestra salida penitencial del Jueves Santo de 2008, esta hermandad comenzó a formar parte de mi corazón y hoy sigo siendo macarena y por supuesto gitana, pero también del Pobre. Esta medalla que llevo en mi cuello y de la cual me siento enormemente orgullosa, es mi compromiso con esta hermandad y con todos sus hermanos.

Quiero agradecer también al hermano mayor y a la junta de gobierno de mi hermandad de Jesús Nazareno “el Pobre”, la confianza que han depositado en mí, para la realización de este pregón. Su cariño y su respeto hacia mi persona han hecho que desde el primer momento que pisé esta hermandad, me sintiera como en mi propia casa. Espero no defraudarles.

Gracias, Antonio, mi compañero de camino y a mis hijos Alejandro y Macarena, regalo que Dios me concedió y motor de mi vida, sin ellos este pregón no sería posible.

Antes de comenzar, quisiera tener un recuerdo especial para una ONG, llamada Basida, que acoge y cuida a los más pobres de la sociedad, a los que están solos, a enfermos terminales de sida. Esta comunidad católica, con un amor desinteresado a los más necesitados y con una gran confianza en Dios, siembran de ilusión y de esperanza la vida de aquellos que no la tienen. Que Nuestro Señor, que también es pobre, les ayude a llevar a cabo esa hermosa misión y premie la dedicación a sus hijos más queridos.

Sagrada Madera

Nuestra hermandad venera la imagen de Jesús Nazareno, el Pobre, pero sabemos que la esencia de nuestra fe no es la imagen en sí, sino Jesús Sacramentado y sin esa creencia nuestra vida carecería de sentido.

El cristiano no conoce el verdadero rostro de Dios, porque a Dios nadie lo ha visto nunca. Es verdad que los profetas, los apóstoles, incluso nuestros padres, nuestros educadores en la fe, nos han mostrado parte de su rostro, pero nosotros debemos completar esa imagen que de Él nos han formado. ¿Cómo conseguirlo? Haciéndole un hueco en nuestro corazón, para que forme parte de nuestra vida. Viviendo según su estilo, observando sus acciones, escuchando sus palabras, construyendo su reino, trabajando para que todos seamos uno. Así nuestra historia formará parte de la historia de Dios.

La gran tragedia del hombre de nuestra época es que no sabe descubrir a Dios. Podemos ver a Dios en Jesucristo, a ese Dios que se ha ido revelando a lo largo de la historia. A ese Dios que se ha humanizado por un amor apasionado a la humanidad. ¿Dónde podemos experimentar el encuentro con Dios?

En la Biblia que se concreta en la vida, cuando esa palabra se ha encarnado en nombres concretos. Dice San Juan que “ Al atardecer de nuestra vida nos examinarán sobre el amor” y ojalá que ese día presentemos nuestro corazón lleno de nombres.

Cuando hablo del rostro de Dios, expreso intuiciones que parten de mi experiencia de fe, desde el convencimiento de que siguiendo los pasos de Jesús, sus huellas, su rastro, puedo descubrir el verdadero rostro de Dios.

El rostro es lo primero que vemos de alguien, la imagen que nos queda cuando lo recordamos. El rostro de Dios es Jesús mismo y tiene que ver con un amor incondicional, con una entrega generosa y gratuita de la propia vida.

No hay rostro de Dios, si no somos capaces de intuir, de descubrir, de experimentar el rastro que nos dejó Jesús y nos muestra la Iglesia.

Lo importante para nosotros no es que tengamos o no claro, cuál y cómo es la imagen de Dios, sino que tengamos una experiencia íntima y personal de Él, pues sólo ésta puede transformar nuestra vida.

Dios no es evidente, pero muestra señales que hay que saber interpretar. Depende de nuestra experiencia o no de Dios y de cómo esa experiencia haya tocado nuestra vida.

Ante catástrofes como la de Haití, ante tanta violencia, ante tanta guerra, ante tanto dolor, surge la pregunta: ¿Dónde estás, Jesús, cuando hay tanta gente que sufre? ¿Dónde estás, Tú, que eres tan pobre como ellos?

Tú estás ahí, en Haití, entre la gente que padece. Jesús llama bienaventurados a los que lloran, a los pobres, a los que sufren, a los que tienen hambre y sed de justicia, porque Él mismo los saciará. La misma vida de Cristo es un buen ejemplo: los cristianos sabemos que su Pasión y Muerte querida por Dios, es la auténtica liberación del hombre.

Los cristianos sabemos que donde hay un hombre que sufre, allí está Dios. Y donde hay un hombre que se entrega para ayudar al que sufre, allí está Dios.

Por tanto, podemos encontrar el rostro de Dios:

- En los acontecimientos que golpean diariamente nuestra vida.**
- En las personas que nos necesitan.**
- En los trabajos y tareas que llevamos a cabo.**
- Entre la oscuridad y confusión de la sociedad en que vivimos.**
- Construyendo fraternidad al lado de nuestros hermanos.**

Contemplar el rostro de Dios, no es un esfuerzo de la imaginación, sino un ejercicio de fe y amor. Desde la certeza de ser amados, podemos alzar nuestro corazón y atrevernos a mirar a Dios. Contemplándolo nuestra mirada se hace más honda. Podemos ver a través de sus ojos, aprender a mirar a los hombres y al mundo de manera nueva y esperanzada.

El rostro de Dios que Jesús presenta es el de un Dios que ama y acoge incondicionalmente, un Dios amor en el que la gracia prevalece frente al juicio, un Dios que nos descoloca para hacer salir el sol sobre justos e injustos, un Dios que tiene predilección por los hombres pequeños y marginados; un Dios que siente pasión por lo perdido, un Dios que es don de libertad, que no oprime, ni impone, sino que libera, que es padre y madre, que se acerca a nosotros y nos posibilita para una nueva relación con Él.

El Dios de Jesús es desconcertante, no es el poderoso, ni el guerrero, sino el débil y entregado, un Dios que da la vida al hombre, que lo ama y sale a su encuentro. Un Dios cercano, accesible, apasionado, con rostro humano que compromete, que no deja indiferente, que nos lo desvela todo y que en el amor tiene su imagen más nítida y real.

Nosotros, cofrades, sabemos que si nuestra fe en Jesús es auténtica es capaz de llenar de sentido nuestra existencia y nos da fuerzas para vivir.

Es lógico, por tanto, que al entrar en cualquier iglesia, lo primero que hagamos sea visitar el Sagrario.

Pero, queridos hermanos, nuestra fe no sólo se ha alimentado de esta creencia. El cristiano siente la necesidad de conocer a Jesucristo, pero por desgracia, en la época de Cristo no había cámaras digitales, ni de video, ni Internet y uno siente la necesidad de ponerle la cara a nuestro Señor y mediante esa figura de madera sagrada, nosotros lo vamos conociendo y a su vez, vamos comprendiendo mejor el misterio de la Eucaristía.

Por eso, el cofrade se aferra desmesuradamente a una imagen de madera, que en sí, solo es madera, pero que nos da una fuerza que nos hace crecer como cofrades y también como cristianos.

**Dicen que no tiene rostro,
aquel que vive en la tierra,
que ya no brillan sus ojos,
que es una vieja madera.**

**Que ni ríe, que ni llora,
que no lo conocen siquiera,
que ya no hay luz en sus ojos,
que es mentira, que es quimera.**

**Pero yo sé, mi Señor,
que tu mirada es verdadera,
que tu cara es agua clara
y tu rostro, primavera.**

**Por eso, Señor, mi espera
ha merecido la pena,
Cautivo y Nazareno
eres tal como Tú eras
como un lucero encendido
en tu mirada de Estrella.**

**Bajaste de los Cielos
a esta nueva tierra,
para darme tu consuelo,
para la aliviarme las penas,
para rendirme a tus pies,
aunque seas de madera.**

**Y claveles y azucenas
se visten de terciopelo
para todo aquel que venera
a este Cristo tan moreno
de mirada tan serena.**

**Y aunque pobre y desolado,
tu nombre que mi bien me suena,
yo te amo y yo te quiero,
aunque seas de madera.**

**¡Ay mi Señor tan pobre!
yo seguiré tu estela,
a donde quieras que vayas
por caminos y veredas.
Y a todo el mundo que vea,
les diré, ahí lo tenéis,
El que quita vuestras penas.
Este es el Hijo de Dios,
aunque sea de madera.**

Semana Santa en Madrid

La vida del cristiano al igual que la vida del nazareno es un peregrinar tras Cristo para llegar al Padre. La procesión es iglesia, iglesia en marcha que camina en Cristo y con Cristo, en la amorosa compañía de nuestra madre.

Él va en medio de todos los nazarenos. Contemplad a Cristo, miradlo caminar, observadlo en la noche, fijaos en su mirada que penetra hasta el fondo de nuestra alma.

Dentro de unos días desfilarán un gran número de nazarenos por las calles de nuestra ciudad. Hombres y mujeres que acompañarán a Jesús Pobre y a su madre, María del Dulce Nombre, camino del Calvario. Jesús con su barrio, Jesús con su pueblo...

El nazareno acompaña a su Señor, con su cirio encendido, para iluminar a los demás, para ser reflejo de la luz de Cristo que alumbró las oscuridades del mundo. El nazareno, en su estación de penitencia, da ante la sociedad, un testimonio de amor y de fe en Jesús, que murió y resucitó por nosotros para salvarnos.

Caminamos en la procesión con Cristo y con María, porque así es la vida cristiana, pues no hay vida cristiana sin María.

La vida es procesión con sus momentos de gloria, entre el aplauso y la alabanza de unos y otros, cuando el triunfo nos acompaña; pero también, con sus momentos silenciosos, con sus horas de recorrido callado, humilde, ante la indiferencia de todos.

La vida es procesión en los momentos difíciles cuando se estrecha la salida, cuando parece imposible seguir adelante, cuando la vida se nos pone cuesta arriba, cuando creemos que todo se derrumba a nuestro paso; pero Él va con nosotros y su yugo es llevadero y la carga se hace ligera.

Acudamos a Él y encontraremos nuestro descanso.

“Salid a la calle” fueron unas palabras que el Papa Juan Pablo II pronunció durante la homilía de la consagración de la Catedral de la Almudena.

Con estas palabras, el Papa animaba a los cofrades madrileños a dar un testimonio público de su fe.

Madrid, ciudad cristiana, que ha sabido ser fiel a su fe con el paso del tiempo, ante la incursión de elementos paganos en nuestra sociedad.

Madrid, ciudad mariana, manifestada en más de ciento cincuenta advocaciones con las que se venera a la Madre de Dios: Almudena, Paloma, Dulce Nombre, Soledad, Angustias, Esperanza, Inmaculada, Paz, Dolores...

Madrid se detiene al llegar la Semana Santa, para celebrar el principal misterio de nuestra fe: acompañar a Cristo en su dolor, camino del Calvario, en su muerte y alegrarnos con su resurrección.

Con la primavera, llega la Cuaresma y Madrid se prepara para celebrar su Semana Mayor: participamos en todos los cultos que nuestras hermandades organizan para vivir con más intensidad nuestra Semana Santa: quinaros, viacrucis, conciertos de marchas procesionales. Además de disponernos interiormente para nuestra estación de penitencia, hay mucho trabajo que hacer: largas horas de limpieza de enseres, montaje del paso, ensayo de costaleros...

Y por fin, llega la Semana Santa, es la hora de dar un testimonio público de nuestra fe, acompañando a nuestras imágenes titulares por las calles de nuestra ciudad.

El madrileño domina perfectamente el arte de la imaginación y convierte la antigua Jerusalén en el también antiguo Madrid de los Austrias. Transforma la calle de la Amargura, en la Plaza Mayor para que entres en ella como un rey y sustituyas tu corona de Espinas por una corona de vida eterna.

No existirán los redobles de tambores de muerte, sino redobles de tambores de gloria y hasta tu séquito de terribles romanos serán trocados por palomas que revolotearan por esta ciudad, para proclamar al mundo entero tu grandeza.

Por eso, nunca en esta ciudad estarás sólo, porque Madrid te quiere y te necesita, por eso Tú, cada año, haces un nuevo milagro y atraviesas la puerta más pequeña de la ciudad utilizando como intermediario al capataz, dotándole de una extraña habilidad y diciéndole con una voz que sólo puede escuchar él: “estos dos costeros por parejo a tierra, porque voy a pasearme por la tierra más hermosa, llévame con paso suave, muy lentamente que quiero conocer todos los resquicios de esta vieja ciudad, que quiero percibir el olor a azahar de sus naranjos, que quiero estar cerca de ellos, para decirles que aunque esté cautivo y sea pobre, mi corazón está aliviado por el tremendo amor que emanan sus miradas.

Y te presentarás ante nosotros:

- **Para darnos la fe y perdonarnos nuestras faltas.**
- **Como el Salvador, lleno de Salud y de vida.**
- **Pobre como el más pobre de tus hijos.**
- **Apresado y Cautivo por nuestros errores.**
- **Con un Gran Poder que te hace Rey de Reyes.**
- **Te veremos a Ti, Señor de Medinaceli.**
- **Elevaremos nuestra fe desde la calle Atocha,**
- **O desde el Palacio Real, Señor de los Alabarderos.**

**Semana Santa en Madrid,
de alegrías y de penas,
de una rosa que se llama:
Esperanza Macarena.**

**De sentimientos, de frenesí,
de sueños y de alabanzas,
del Gran Poder de Dios,
en una noche de abril.**

**Medinaceli, Siete Dolores,
Albahaca y romero,
Soledad de San Ginés,
Cruzados y Alabarderos.**

**Y Estudiantes, los primeros,
de mecidas muy suaves,
de elegantes costaleros,
que no se mueva en el aire,
ni en la tierra, ni en el cielo.**

**y Salud a mis hermanos
y vida para poder vivir,
mi nazareno más gitano,
por las calles de Madrid.**

**Y corazón para sentir
a una madre tan morena,
de prestigio y de postín.
Y ya llega el día, por fin.
Jueves Santo de “gentío”
y Madrid que lo acompaña
por sus calles y caminos,
por sus plazas y callejas
entre corazones encendidos.**

**Jueves Santo oscurecido,
por una muerte anunciada,
por un dolor contenido,
por una condena malvada,
sin pudor y sin sentido.**

**Jueves Santo empobrecido,
y Madrid que lo proclama
como un sueño adormecido,
como una noche en la mañana,
como el Rey jamás vencido.**

**Que aunque pobre y derrotado
despojado y sin destino,
Tú eres Señor, mi Rey
aunque seas un mendigo.**

**Que aunque triste y despreciado,
repudiado y abatido,
Tú eres Señor, mi ley
por los siglos de los siglos.**

**Nazareno de Madrid,
cautivos mis sentimientos,
en esta noche de abril,
donde una vida se acaba,
entre sonos de lamento.**

**Nazareno de Madrid,
libera mis sentimientos,
y dime que es verdad,
que esa vida que se acaba,
es el principio de un sueño.**

Las hermandades, hoy

El cofrade es un cristiano que ha recibido gratuitamente de Dios, el don de la fe y la comparte con un grupo de personas que intentan vivir en comunidad esta creencia.

La hermandad nos reúne en torno a una imagen del Señor y de nuestra Madre. La hermandad nos une, nos ayuda a crecer en nuestra vida cristiana. La vida de hermandad debe estar orientada a amar a Dios y a los hermanos. Pero no siempre es fácil vivir en hermandad, surgen problemas, como en cualquier otro grupo humano, pero el espíritu nos impulsa a seguir adelante.

¡Qué bonito es apoyarse en el hermano, sentir su fuerza, cuando te ves desfallecer, compartir tus alegrías y penas, tus triunfos y fracasos.

Hoy, más que nunca, necesitamos a las hermandades para vivir nuestra fe en Jesús. El cristiano no puede vivir solo su fe, debe compartirla con los demás. Son tiempos difíciles, tenemos que apoyarnos en el hermano.

También la Iglesia necesita a las hermandades. Vivimos en una sociedad laica, que quiere eliminar los símbolos religiosos de los lugares públicos, porque dicen que hieren la sensibilidad de muchos.

¿A quién molesta la presencia de Cristo en la Cruz?

- ¿A los extranjeros que vienen a vivir con nosotros y practican otra religión?**
- Yo pienso que cuando una persona cambia su lugar de residencia y se marcha a otra ciudad, lo lógico y normal es que respete la religión, la cultura y la tradición del pueblo que lo acoge.**

¿A quién molesta?

- **¿A los agnósticos, que no creen en nada, que no tienen, ni quieren en su vida un referente religioso?**

¿A quién molesta?

- **¿A algunos progresistas que piensan que Dios es un estorbo, que hace a los hombres débiles y confiados o a unos prepotentes que creen que pueden dominar y controlar el mundo y que estiman que la fe en Dios, hecho hombre, limita sus posibilidades?**

¿Qué molesta la imagen de un Dios hecho hombre que por un amor ilimitado a la humanidad, murió pobre, humillado, abandonado, para devolvernos la salvación?

¿Qué sociedad estamos creando que no respeta las creencias religiosas e hiere la sensibilidad de muchos creyentes en Jesús?

Si nuestros gobernantes quieren quitar el crucifijo de los lugares públicos, que lo quiten, pero no van a eliminar a Dios de nuestras calles, de nuestra ciudad, de nuestras vidas...

Nosotros, cofrades, tenemos que suplir esta ausencia física del crucifijo con nuestro ejemplo. Cristo va a estar vivo a través de nosotros. Cristo va a seguir amando y demostrando su amor a cada uno.

Nosotros, vamos a ser los ojos del Señor, que vean las necesidades del otro, la soledad del que está a nuestro lado, el dolor del que sufre.

Nosotros, vamos a ser la boca del Señor, que consuele al afligido, que diga palabras amables, palabras que acorten distancia y construyan hermandad, palabras que acompañen al que está solo, palabras de aliento, de apoyo, palabras que estrechen lazos de amistad.

Nosotros, vamos a ser las manos del Señor, que transmitan calor, energía, que acompañen a caminar, que trabajen por mejorar la vida del otro; manos que den de comer, que luchen por un mundo más justo, por restablecer la dignidad del ser humano.

Nosotros, vamos a ser los pies del Señor, que incansables, nos acerquemos al necesitado, al enfermo, al marginado, al joven que busca un estímulo en su vida. Vamos a ser los primeros en compartir, en trabajar, en disculpar las ofensas...

Nosotros, vamos al ser el corazón del Señor, que ame a sus semejantes, que se preocupe por ellos, que comprenda, que perdone, que olvide...

Vamos a pedirle a Dios que nos dé un corazón grande en el que quepan todos, los de aquí y los de allá, los de casa y los de afuera, los que piensan como nosotros y los que no.

Para llegar a identificarnos con el Señor y poder transmitir su mensaje, debemos encontrar en la Eucaristía nuestra fuerza y energía.

Además, nosotros, cofrades, vamos a seguir paseando a Nuestro Señor por las calles de nuestra ciudad, cada Jueves Santo y lo acompañaremos vestidos con nuestra túnica nazarena. Con nuestro testimonio vamos a decirle a nuestra sociedad, que creemos en Él, que no está solo, que somos muchos los queremos seguirle, que es pobre, pero que nos colma de riqueza, que parece débil, pero que su poder nos llena de fuerza.

Señor, necesitamos de Ti y Tú de nosotros para que hagamos realidad tu presencia en el mundo. Señor, has estado presente en la historia de la humanidad a través de grandes gestos y proezas de hombres y mujeres, que nos han precedido y han dado testimonio de Ti.

Tú, Señor, nos llamas a nosotros, hoy, como llamaste a tus discípulos, para anunciar tu Buena Noticia, para ser tus testigos en nuestra sociedad. Nosotros queremos amar a todos los hombres y mucho más a los que sufren. Te pedimos que nos ayudes a ser luz en el mundo, luz para los que viven en la tristeza, luz para aquellos que carecen de lo necesario, luz para nuestras familias, luz para nuestra hermandad.

Ser luz, no es tarea fácil, estamos llamados a colaborar Contigo para iluminar esos lugares del mundo que necesitan mayor claridad.

Queremos pedirte, Señor, que nos des fuerza para transmitir tu mensaje, allá donde nos encontremos, que seamos testimonio de paz, de amor, de perdón y que tu Palabra sea nuestra luz y esta ilumine a los que están cerca de nosotros.

Ojalá que nuestra vida refleje de tal manera la tuya, que otros puedan creer sin verte, observando nuestra forma de vivir.

**Barrio de Puerta Cerrada, barrio florido,
cantadle saetas, tratadle con mimo
mecedlo suave con sonos divinos,
decidle piropos al Dios más sencillo.**

**Y hoy te digo Señor, que yo también
voy a tu encuentro,
para expresarte esas cosas
que me salen desde adentro.**

**Y quisiera ser el viento,
y quisiera ser el aire,**

**para acariciar tu cara
en el final de la tarde.**

**Y quisiera ser la lluvia,
en una noche de invierno,
y lavarte tus heridas
para impregnarte en mi cuerpo.**

**Y quisiera ser tu abrigo,
darte calor y consuelo,
y quisiera ser tu amigo,
y quisiera ser tu cielo.**

**Y aunque solo sea por eso,
déjame ser tu nazareno,
déjame ser tu penitente,
tu capataz o tu andero,
y acompañarte en tu paso
caminando y en silencio.**

**Y en el final del sendero
cuando ya todo se acabe
y te sientas abatido,
déjame ser el cirineo
que te alivie en tu camino.**

**Pero no estaré sola, Señor,
aquí estarán tus amigos,
los que han grabado tu nombre,
en su corazón herido.**

**Mira, Señor, tu hermandad
cómo se levanta
y proclama con cariño:
“Tú eres Señor, el Rey
de los pobres y los ricos”.**

Jesús Nazareno “el Pobre”

La hermandad de Jesús el Pobre se creó en torno a la imagen de un Nazareno donado por la duquesa de Medinaceli a la Iglesia de San Pedro en el año 1776.

Pronto surgió una gran devoción alrededor de esa imagen, muy venerada por la gente del barrio y sobre todo por gente muy pobre. De ahí parece que le vino el nombre de Jesús, el Pobre. Comenzó a procesionar en el año 1941 el viernes santo; a partir del año 1958 hace estación de penitencia el jueves santo a la antigua Catedral de San Isidro.

La imagen que veneramos en nuestra hermandad, representa a un Cristo cautivo, maniatado, coronado de espinas, en el momento en que Poncio Pilato lo presenta al pueblo: “Ecce Homo” He aquí al hombre. Vuestro rey y el pueblo gritaba “Crucifícale, crucifícale...”

¡Qué sentiría tu corazón, Señor, en ese momento! Apareces como un ser débil, despreciado, solo, maltratado... Tú que habías venido a salvar a los tuyos, que habías curado a sus enfermos, que habías alimentado a la multitud, que te habían aclamado al entrar en Jerusalén... ¿Qué ha pasado? ¿Cómo pudieron cambiar de opinión aquellos que te conocieron? ¿Dónde están los que te aclamaron?

¿Dónde estaban tus amigos, los que te seguían, los que nunca te iban a abandonar?

Tú, solo, te enfrentaste a tu destino, con un gran dolor por la soledad y el desamparado de los hombres, pero con la fuerza de Dios, que no te abandonaba. ¿Por qué tuviste que pasar por todo esto? ¿Por qué tu Padre Dios te puso las cosas tan difíciles?

Dios, a través de su Hijo, ha querido compartir la historia de los hombres. Tú, Jesús, tomaste partido por el hombre y te hiciste semejante a él en todo, menos en el pecado, experimentaste cualquier situación que una persona pueda vivir: maltrato, humillación, soledad, dolor... Todo lo soportaste por amor, por un amor desmesurado a la humanidad.

Tú, Señor, estás cerca de todos los que sufren en su piel la marca de la pobreza: el emigrante, el enfermo, el que pasa hambre, el que está solo, el encarcelado, el que sufre la violencia, el marginado de la sociedad, el que carece de medios para vivir con dignidad, el ignorante, el que está sin trabajo, el que añora la pérdida de un ser querido, el que se siente pobre, porque todo lo espera de Ti.

Cada Jueves Santo a las siete de la tarde, Ntro. Padre Jesús el Pobre, deja su Iglesia de San Pedro El Viejo para procesionar por las calles de Madrid. El paso de Ntro. Señor va portado por treinta y seis anderos que con mucho amor a sus titulares y con gran devoción, pasean a su Señor por las calles de nuestra ciudad.

Antes de salir Nuestro Señor, el capataz se dirige a los costaleros y los anima a comenzar una oración que durará las siete horas del recorrido.

Es mucho el esfuerzo que estos hombres hacen, pues durante varias horas cargan con unos cuarenta kilos de peso. Es el amor y la fe en su Señor lo que les hace más llevadera la carga.

¡Qué privilegio llevar a Jesús, el Pobre sobre sus hombros y mostrarlo al pueblo de Madrid! Llevar por las calles la salud y la salvación a los hombres, sobre todo a los pobres de corazón, a los que no tienen nada, porque todo lo esperan de Él.

Jesús sale de su iglesia, erguido, maniatado, coronado de espinas, con una mirada hacia delante, observando a sus hijos, a su pueblo que sufre, derramando gracias, a todo el que se acerca con fe. Hoy también nos dicen a nosotros: “Ecce Homo”: He aquí el hombre.

Sin embargo, nosotros, cofrades, no vamos a crucificarlo, vamos a aclamarlo y a decirle que creemos en Él, que su muerte no fue en balde, que queremos seguirle y dar testimonio con nuestra vida.

Durante el recorrido por la ciudad, Jesús Pobre es aclamado y aplaudido por la gente sencilla, que con gran devoción se acercan a él, para pedirle salud para los suyos, que le asista en alguna necesidad, o quizás un trabajo para poder vivir con dignidad, o tal vez que ayude a su hijo a salir de ese mundo oscuro en el que anda metido...

Todos acuden a Ti, Jesús, con mucha fe y alguna lágrima en los ojos. Todos dejan por un momento sus ocupaciones, sus distracciones y ponen sus ojos en ti, Señor, y tu mirada los consuela, los impulsa, los anima a seguir adelante, a continuar luchando, con la confianza y la seguridad de que no están solos.

Permíteme, Señor, por un momento, contemplarte, consolarte y agradecerte todo lo que sufriste por la humanidad. Quisiera recitar unos versos de una canción que decía:

- Déjame sentir tu rostro,
- déjame escuchar tu voz,
- déjame sentir tu abrazo,
- que mi corazón se goce
- del amor que tanto ansié.

Dulce Nombre, Madre de la Paz

María del Dulce Nombre acompañó a su Hijo camino del Calvario y al pie de la Cruz. Aunqu e todos lo abandonaron, Ella estuvo a su lado, como mujer fuerte, firme, aunque rota por el dolor de ver a su hijo en esas condiciones deplorables. Seguramente, María no entendería por qué a su Hijo le pasaba aquello. Si Él era el amor, por qué no era amado, si había venido a traer la vida, por qué lo condenaban a muerte, si era hijo de Dios, por qué no lo salvaba, si era todopoderoso, por qué razón tenía que sufrir

tanto... Ella no comprendía, pero se fiaba de Dios y permanecía junto a su hijo, apoyándolo y acompañándolo para cumplir la voluntad del Padre.

María es un ejemplo de mujer creyente, que confió en su Señor y se entregó amorosamente a Dios. María, mujer comprometida con su tiempo, con su familia, acude generosamente para ayudar a su prima Isabel ante su próxima maternidad. María pide a Jesús el primer milagro en Caná, ante la necesidad de los novios en su boda, María sigue a Jesús al pie de la cruz y acompaña a los apóstoles en Pentecostés.

Dicen que la historia de toda persona está escrita en el corazón de su madre. María es nuestra madre. Jesús en la cruz nos dejó el mejor regalo que alguien nos puede hacer: nos dio una madre.

Una madre que nos ama incondicionalmente, que cuida de nosotros, que es ternura, esperanza, apoyo, buen consejo, luz que ilumina nuestro camino y nos conduce a Él.

La historia de la humanidad se ha pasado buscando la paz para este mundo durante siglos y siglos y jamás se les ocurrió venir a buscarla a la ciudad de Madrid, en una noche de jueves santo.

Si los que promueven las guerras se viniesen cualquier jueves santo a ver el más dulce significado de la palabra paz, lo encontrarían en las recoletas calles de nuestra ciudad, o en las aguas cristalinas de sus fuentes que nos llevan hasta su infinita grandeza.

Paz es un dulce balanceo de los ángeles del cielo que bajan a Madrid para columpiarse en tus doce varales y así poder contemplar a la Virgen niña, que un día decidió quedarse a vivir para siempre en el Barrio de Puerta Cerrada.

Paz es el revoloteo de las palomas alrededor de tu paso que desean absorber tu aroma para poder ser proclamadas mensajeras de un Dulce Nombre que encandilan nuestras miradas.

Paz es poder ver tu dulce cara, que nos dejará grabadas en nuestras retinas el verdadero significado de tan preciado vocablo.

Tú dejas impregnada esta ciudad de una tranquilidad y sosiego que difícilmente se puede alcanzar en otra parte del mundo. Por eso, para el cualquier madrileño, la Paz de espíritu se alcanza viéndote el Jueves Santo, de tal manera que hasta la torre mudéjar de la antigua iglesia se postra ante Ti para decirte.

**La Madre del Salvador
tiene un nombre de valía,
un rostro y un perfil,
y una figura bendita,
difícil de describir,
aunque parezca sencilla.**

No sé que tienen sus manos,
como poemas de seda,
que acarician mis sentidos
un jueves de primavera.

No sé que tienen sus ojos
como luceros del alba,
que me encienden la mirada,
un jueves por la mañana.

No sé que tiene su cara,
como una flor de azucena,
como una daga clavada,
de tristeza y de pena.

Y por eso, Madre Mía,
no sé qué tiene tu nombre,
como una estrella de noche,
como una rosa de día,
como un centinela enclavado
en tu mirada perdida.

Y es que tu nombre me sabe
a bendito, a melodía,
a regalo y a dulzura,
a tristeza y alegría.

Y es que tu nombre contiene
la belleza más sentida,
una linda sinfonía,
llena de amor y de vida.

Y es que tu nombre sugiere,
corazón, sabiduría,
y es que tu nombre me sabe
a certera profecía.

Y a los cuatro vientos grito
que tu nombre es poesía,
Madre de todos los pobres,
Dulce Nombre de María.

He dicho.